
El Beso

Isidoro Fernández Flórez

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7644

Título: El Beso

Autor: Isidoro Fernández Flórez

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 30 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Beso

La última murmuración, mejor dicho, la murmuración más reciente en los círculos de la buena sociedad:

—Carlos Albares es joven de veintitrés años, es moreno, es distinguido, viste con elegancia, tiene ángel.

No vive en Madrid; vive en Toledo con su tía la marquesa.

Ha venido á la corte con un encargo delicado; trae las joyas antiguas de su familia, en las cuales hay que hacer algunas composturas; debe entenderse con el joyero, y de paso debe enseñarlas á la viuda de Martínez Rivera, coleccionadora de este género de antigüedades, estrella de la corte, belleza soberana, reputación acrisoladísima de virtud, noble entendimiento, toda prestigios... y algo parienta suya. No la conoce.

Pero la conocerá dentro de un instante. Porque se encuentra, con el bastón y el sombrero en posición correcta, esperándola.

La espera en un gabinete lleno de preciosidades. Pero, aunque él es artista hasta la médula de los huesos, aunque sólo vive por el arte y para el arte, nada mira. Está inquieto; presiente algo extraordinario.

El ligero roce de un vestido sobre la alfombra le anuncia la llegada de la viuda.

Entra una mujer de treinta años, alta, rubia, de aspecto noble y bondadoso; dama angusta. El infinito azul está en sus ojos, y sus cabellos alborotados la forman aureola. Un vestido de raso negro, un pañuelo de antigua blonda, blanco, prendido al

pecho... y nada más.

Carlos se vuelve; la ve... ¡Y si ella no acude pronto con sus manos á las suyas, la gótica cajita de marfil donde vienen las joyas, cae y se hace pedazos!

La verdad es que siempre que aparece la viuda, impone; pero á Carlos debe imponerle más todavía.

Carlos es artista; vive en la ciudad que el arte ha labrado como una escalera de caracol para que los santos desciendan del cielo... Ama su ciudad de piedra afiligranada, de roble tallado, de hierros escarolados, de esmaltados azulejos; su ciudad, enrojecida por implacables estíos; ennegrecida por las tempestades y las guerras; risueña por las mañanas, con sus torres y sus almenas resplandecientes; trágica por las noches, con sus pasadizos de caverna. ¡Toledo es su amor, su pasión, su fanatismo, su manía!

Y él, corazón tierno, espíritu fantástico, ha buscado y no ha encontrado todavía, en su ciudad querida, la mujer adecuada, la mujer tipo, la mujer síntesis, que resuma, por su rostro y su apostura, á la mujer, á la musa, á la deidad de Toledo.

¡Y hela que ha surgido como una evocación de su pensamiento, deslumbrando sus ojos é inflamando su espíritu!

¡Sí! ¡Esta es el alma desterrada del gran palacio cincelado por los siglos! ¡Este es el perfume evaporado de aquella taza de oro repujada por los Alfonsos y por Carlos V! ¡Esta, la estatua que falta en la grandiosa hornacina!

Cuando hemos soñado un espíritu y una figura y encontramos esa figura y ese espíritu, nuestro amor estalla súbitamente con arrebatos de locura. La viuda de Martínez Rivera se había inclinado para coger la cajita, que ya estaba en el aire; su hermosísima cabeza pasó tocando casi los labios de Carlos, y éste alargó los brazos, los recogió luego y... sonó un beso.

Entonces la viuda dejó escapar á un tiempo la caja y un grito.

Y rodaron por el suelo cien joyas de oro con chispazos de sol y colores; pendientes, sortijas y medallones que fueron de meninas pintadas por Velázquez y de duquesas y azafatas retratadas por Goya.

Cuando la viuda alzó los ojos, Carlos había desaparecido.

¡En la alfombra, junto á las piedras preciosas, yacían sus lentes, su sombrero y su bastón!

¡Esta es la ocurrencia!... ¡Esta la aventura!

Y yo la refiero, porque la oí contar ayer en la tertulia de la baronesa del Lago Azul á la vizcondesa de los Luminares.

—¡Cómo se quedaría la viuda cuando se repusiese del susto!—exclamó la vizcondesa.—¡Ella, tan ceremoniosa, tan exquisita, tan severa!

Y contestó la baronesa del Lago Azul:

—¡Cómo se había de quedar!... ¡Encantada!

Isidoro Fernández Florez



Isidoro Fernández Flórez (Madrid, 1840 - Madrid, 8 de abril de 1902), también conocido por el pseudónimo Fernanflor, fue un escritor, periodista, crítico de arte y humorista español.

Empezó como periodista en La Ilustración de Madrid más o menos hacia 1870 y fue luego redactor de El Imparcial, haciéndose célebres las crónicas que redactaba bajo el sobrenombre de «Un Lunático», y de él partió la idea de

publicar Los Lunes de El Imparcial. En 1879 consiguió que algunos de sus compañeros en este periódico se embarcaran en la fundación de uno nuevo, el diario El Liberal y en sus páginas publicó crítica de arte y literaria y las «Entrepáginas», en una línea semejante a la de Los Lunes de El Imparcial; también fue redactor de La Razón Española y colaborador de La Ilustración Española y Americana de Madrid y, con crónicas semanales durante ocho años, de La Ilustración Ibérica de Barcelona, lo que abandonó cuando le dieron un asiento en el consejo de administración de El Liberal. También fue colaborador de La España Moderna y del semanario El Arte.

Escribió ensayos literarios y estudios sobre José Zorrilla y Manuel Tamayo y Baus. En 1898 ingresó en la Real Academia Española. Al margen de su labor literaria y periodística, también tomó partido a favor del republicanismo y llegó a ser gobernador civil de Guipúzcoa durante tres meses en 1872. Falleció en su ciudad natal el 7 de abril de 1902. Póstumamente, en 1907, apareció una recopilación de artículos: Periódicos y periodistas.

Como narrador fue un ágil cuentista, aficionado a los temas mundanos, que trató de forma satírica y frecuentemente humorística, aunque también cultiva a veces el relato de tema trágico, sombrío e incluso truculento. Son dos principalmente sus colecciones de este género: Cuentos rápidos (Barcelona, 1886) y Cuentos (1904). Otras obras suyas son Cartas a mi Tío (Madrid, M. Romero, 1903).